
HIC SVNT DRACONES

¿QUÉ PASÓ CON LA MÁQUINA DEL FINAL FELIZ?

Mariano Boiero

AGO · MMXXVI

Durante buena parte de la historia occidental, vivir no fue solo existir en el presente: fue apostar a un después. Un después que cerraba el relato, justificaba los sacrificios y ordenaba el sentido. No importaba tanto el camino — duro, injusto, violento incluso — porque había una promesa de cierre. Un final. Un colorín colorado.

Esa promesa adoptó muchas formas: salvación, progreso, emancipación, bienestar, desarrollo, derechos, autorrealización. Cambiaron los lenguajes, los actores y los dispositivos, pero el mecanismo fue notablemente estable: soportar el presente porque el futuro estaba garantizado.

Hoy esa garantía no está. No falló una política pública puntual, ni una ideología específica. Lo que se erosionó es algo más profundo: la expectativa misma de cierre.

¿Existió alguna vez la máquina del final feliz?

Sí que existió. Pero no fue natural, ni eterna, ni universal. Fue una construcción histórica.

Desde la religión hasta la ideología moderna, las sociedades organizaron la vida alrededor de máquinas simbólicas de cierre. El cristianismo prometía redención. El marxismo, emancipación. El fascismo y el nazismo, orden y destino. El capitalismo, prosperidad y movilidad ascendente. Incluso la democracia liberal funcionó — y aún funciona — como una máquina de final feliz: participación, derechos, bienestar progresivo, ampliación de libertades.

Distintos contenidos, misma lógica: si hay un qué claro, el cómo se tolera. La frase atribuida a Nietzsche lo resume con brutalidad: quien tiene un porqué, soporta casi cualquier cómo.

La máquina del final feliz no era solo económica ni institucional. Era simbólica. Estaba sostenida por ideología, relato, horizonte compartido. No garantizaba felicidad individual, pero sí algo decisivo: sentido histórico.

El siglo XX fue su punto más alto y también su mayor contradicción. Guerras mundiales, genocidios y violencia sistemática convivieron con derechos civiles, voto femenino, Estado de bienestar, caída de muros, expansión de libertades, revolución tecnológica y globalización. No fue un siglo feliz. Fue un siglo con promesa. Esa promesa permitía absorber la brutalidad sin que el sistema colapsara. No porque fuera justa. Sino porque cerraba.

¿Qué era el final feliz?

El final feliz no era una emoción. No era alegría, ni bienestar subjetivo, ni plenitud interior. Era algo más frío y más duro: un horizonte de cierre.

Un punto imaginado — nunca del todo alcanzado — que organizaba el tiempo, justificaba el sacrificio y hacía tolerable la incertidumbre. No importaba tanto llegar como saber que existía un después donde las cuentas cerraban.

Mientras ese horizonte existía, la vida — individual y colectiva — podía ser injusta, desigual o incluso brutal, pero legible. Había un arco. Un recorrido. Un sentido acumulativo.

El final feliz no prometía ausencia de dolor. Prometía que el dolor no era en vano. No prometía igualdad inmediata. Prometía dirección. No prometía armonía. Prometía resolución.

¿La máquina se rompió o fue desmontada?

Esta distinción no es semántica. Es política, histórica y estratégica.

Si la máquina del final feliz se hubiera roto, el problema sería técnico: fallas de funcionamiento, errores de diseño, desviaciones corregibles. Habría nostalgia, reparación, ingeniería inversa. La pregunta sería: ¿cómo volver a hacerla andar?

Pero si la máquina fue desmontada, la situación es otra. No hay falla que arreglar. No hay mecanismo oculto esperando ser reactivado. Hay decisión histórica, cambios estructurales, mutaciones profundas en las condiciones que la hicieron posible.

Y todo indica que no estamos frente a una avería, sino frente a un desmontaje.

La máquina del final feliz dependía de condiciones muy concretas: crecimiento económico sostenido, capacidad estatal de redistribución, control relativo del tiempo, instituciones con autoridad simbólica, narrativas creíbles de progreso o redención. Nada de eso desapareció de golpe. Pero dejó de articularse como sistema.

El crecimiento se volvió errático. El Estado perdió capacidad de garantizar trayectorias. El tiempo se aceleró y fragmentó. Las instituciones conservaron forma, pero no promesa. Los relatos siguieron circulando, pero ya no convencen.

La máquina quedó sin energía.

EL COSTO DE VIVIR SIN FINAL FELIZ

Cuando el final feliz desaparece como horizonte compartido, no queda un vacío abstracto. Queda un paisaje.

No es el caos inmediato ni el colapso total. Es algo más inquietante: el ingreso al bosque tenebroso. No a cualquier bosque. Al de Blancanieves. Ese bosque no tiene villano visible. No hay lobo, ni bruja, ni dragón al que enfrentar. Lo que aterra no es alguien: es la pérdida de forma del mundo. Los árboles se deforman. Las sombras parecen amenazas. El camino se vuelve ilegible. No hay salida a la vista.

Cuando no hay promesa creíble de cierre, el tiempo deja de ser trayecto y se vuelve presente perpetuo. La política deja de organizar futuros y pasa a administrar miedos. Las decisiones ya no se justifican por lo que construyen, sino por lo que evitan. El castigo preventivo reemplaza al proyecto. El orden sustituye al sentido.

En el bosque tenebroso no se avanza en línea recta. Se zigzaguea. Eso explica los giros bruscos de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, los mandatos políticos cortos y agotados, el rechazo veloz de lo que hace apenas unos años parecía esperanza, la radicalización no como ideología sólida sino como búsqueda de efecto. No se elige un camino porque prometa llegar a algún lado. Se elige lo contrario de lo que acaba de fallar.

El bosque tenebroso no aparece porque la gente se vuelve peor. Aparece porque ya no hay narrador que garantice que, después del miedo, viene algo mejor.

¿Se puede pactar algo sin final feliz?

La pregunta ya no es si el final feliz va a volver. Todo indica que no. No porque sea imposible imaginarlo, sino porque no hay hoy ningún actor con capacidad real de garantizarlo. Ni el Estado, ni el mercado, ni la política, ni la tecnología, ni la religión — al menos en sus formas dominantes — pueden prometer cierre sin mentir.

Entonces la pregunta se desplaza: no es qué final vamos a tener. Es qué tipo de pacto es posible cuando no hay final.

Lo que se empieza a insinuar — todavía de forma frágil, incompleta y conflictiva — no es una nueva promesa de redención, sino otra cosa: no un final, sino una forma de transitar. Un pacto sin garantía de cierre, pero con ciertas condiciones mínimas: que el sufrimiento no sea infinito ni arbitrario, que el conflicto sea procesable y no exterminador, que el presente no devore todo el futuro, que la vida no quede reducida a pura supervivencia.

No es poco. Tampoco es épico. Es un pacto de contención, no de redención.

Aceptar que no hay arcoíris al final no implica entregarse al cinismo ni al nihilismo. Implica algo más incómodo: aprender a gobernar sin prometer salvación.

No estamos viviendo el final de una época feliz. Estamos viviendo el después de una promesa. La máquina del final feliz no explotó en un estallido épico ni se apagó con un gesto solemne. Se fue quedando sin piezas, sin garante, sin voz autorizada.

El problema no es recuperar un final feliz perdido. Eso sería nostalgia tecnológica. El problema es más incómodo: qué se puede construir cuando ya no hay promesa que garantice el cierre. Cómo se vive, se gobierna y se decide sin la cajita de música sonando de fondo.

Este texto no ofrece respuestas. Hace algo más austero — y más urgente —: nombra la ausencia.

Porque mientras sigamos actuando como si la máquina todavía existiera, el bosque no va a dejar de cerrarse alrededor.

Entro donde el mapa dice 'dragones'.